

LA CUMBRE FRANCO-AFRICANA DE DAKAR

El 20 y 21 de abril del presente año se celebraba en Dakar la IV Conferencia Presidencial Franco-Africana, expresión de la permanente política gala en relación con sus antiguas posesiones en el Africa negra, de su voluntad de mantener con las mismas unos lazos tanto políticos como económicos e incluso militares, todo ello en nombre del concepto—en principio eminentemente cultural—de la «francofonía».

El imperio colonial francés en el Africa subsahariana, aunque duró en la gran mayoría de los territorios sobre los que se impuso apenas siete décadas, se caracterizó—como es bien conocido—por su carácter centralista, su administración directa desde París y, al propio tiempo, por una evidente voluntad de permanencia y de asimilación.

Cuando en los años posteriores a la segunda guerra mundial se puso de manifiesto lo irreal de tales coordenadas, se trató de crear una Comunidad Francesa de Naciones a imagen y semejanza de la Commonwealth británica, ensayo efímero por lo tardío, de institucionalizar y continuar unas relaciones en la era poscolonial, relaciones que, sin embargo, no han dejado de ser intensas—con gran escándalo de los medios «progresistas» africanos—y de cuya permanencia son muestra las conferencias a nivel de jefes de Estado entre la antigua metrópoli y la mayoría de las naciones surgidas en el Africa subsahariana de la disolución del imperio colonial galo.

En 1958, tras el referéndum constitucional convocado por el general De Gaulle, se creó la Comunidad Francesa, que agrupaba tan sólo a las antiguas colonias africanas a excepción de Guinea—que votó negativamente en tal referéndum—y en la que radicaba el control sobre la política exterior, económica y fiscal, la educación superior y la defensa de los Estados miembros.

Dos años después, al producirse las independencias de aquellos territorios, la idea de la comunidad fue sustituida por la de cooperación, en la que se integraron también los dos países bajo fideicomiso francés: Camerún y Togo.

Las independencias de las antiguas colonias africanas fueron normalmente acompañadas, dentro del espíritu de «cooperación», por acuerdos militares, económicos, culturales, de inmigración, etc., que en no pocos casos consagraban en la era poscolonial no una relación entre iguales, sino el mantenimiento con carácter bilateral de una relación privilegiada, cuando no hegemónica, para la antigua potencia metropolitana, con todas las connotaciones vitandas de «neocolonialismo» para amplios e hipersensibilizados sectores del radicalismo progresista africano.

Como consecuencia de ello, poco a poco tales relaciones privilegiadas se fueron atenuando, constituyendo tal vez su hito más representativo el relevo de Focard como ejecutor de la política gala en Africa.

Hacia 1970 puede decirse que tal etapa había entrado definitivamente en crisis y que se imponía su replanteamiento sobre nuevas bases desaparecida la carismática personalidad de De Gaulle con su gigantesco y, dentro de los nuevos esquemas políticos, sorprendente prestigio entre los antiguos territorios coloniales de su país.

A partir de 1973, su sucesor, Pompidou, inició las reuniones a nivel de jefes de Estado entre Francia y sus antiguas posesiones del Africa negra, que pasaron a denominarse Conferencias Franco-Africanas¹.

La primera se celebró en París en noviembre de 1973 y la segunda en Bangui en marzo de 1975, en el curso de la cual comenzaron a participar en las mismas otros países del Africa latina que históricamente no formaron parte de los dominios coloniales galos, como Zaire, Burundi y Ruanda, y en la que se acordó la creación de un Fondo de Solidaridad Africana y dar a las conferencias periodicidad anual.

La tercera conferencia se celebró en Versalles en mayo de 1976 y en la misma participaron, como observadores, antiguas posesiones británicas y portuguesas, con lo que se ponía de manifiesto su progresiva ampliación y arraigo y para cuya institucionalización se hacía necesario la creación de unos órganos similares a los de la Commonwealth, idea popular no sólo entre los medios franceses, nostálgicos de la era colonial, sino también entre importantes y representativas personalidades afrolatinas, en especial el presidente Senghor, de Senegal.

Dicha idea encontró eco en la Semana Francófona, celebrada en febrero del presente año en el palacio de la UNESCO, de París, y organizada por la Asociación Francófona, organismo similar, salvadas las

¹ Véase artículo del autor sobre el tema en el número 148 (noviembre-diciembre de 1976) de esta REVISTA

diferencias, a nuestro Instituto de Cultura Hispánica y que encabeza una personalidad no sospechosa para el Tercer Mundo como Xavier Deniau².

Participaron en la reunión representantes de quince países, incluidos Gran Bretaña, Egipto y Canadá (Quebec), y en su comunicado final se propugnó la idea de Senghor de mantener la periodicidad de las conferencias franco-africanas de jefes de Estado y de Gobierno y de crear un secretariado permanente, tomando como modelo el que desde 1965 estableció la Commonwealth británica, constituyendo el antecedente inmediato de la última cumbre franco-africana, cuarta de la serie, que se celebraría en Dakar dos meses más tarde.

* * *

En la Conferencia de Dakar estuvieron presentes, amén de la antigua metrópoli, Chad, Costa de Marfil, Gabón, Alto Volta, Malí, Níger, Ruanda, Senegal, Seychelles y Togo, representados por sus jefes de Estado; Burundi, el Imperio Centrafricano y Mauricio, que lo fueron por sus primeros ministros, y Comoros (no obstante su contencioso con Francia sobre Mayotte), Benin, Cabo Verde, Guinea-Bissau y Zaire, a nivel ministerial; el territorio de los Afars y de los Issas, que poco después accedería a la independencia como República de Yibuti, estuvo representado por dos observadores. Es decir, entre los países asistentes, siete no formaban parte al producirse la descolonización del imperio colonial francés en Africa y en dos de ellos—Cabo Verde y Guinea-Bissau—ni siquiera cabe hablar de «francofonía», sino de afrolatinidad, expresión esta última que, en cambio, difícilmente podría aplicarse a Mauricio, cuya población es mayoritariamente originaria del subcontinente indico y cuyo jefe de Estado es—al menos simbólicamente—la reina de Inglaterra.

Tan significativas como las presencias resultaban las ausencias: Mauritania, a caballo entre el Africa árabe y la latina y más vinculada a la primera que a la segunda; Madagascar, la República Popular del Congo y Camerún, cuyo presidente se ha mantenido apartado de estas conferencias, en las que encuentra resabios neocolonialistas, alegando no una diferencia de principios con los objetivos de las mismas, sino el origen dual de su país, fideicomiso en parte francés y en parte británico, que considera razón suficiente para no partici-

² Vid. artículo del autor *El acuerdo de Lomé*, en el núm. 139 de esta REVISTA (mayo-junio 1975).

par ni en las reuniones «francófonas» de alto nivel ni en las de la Commonwealth.

* * *

La conferencia se celebró con la presencia permanente en el ánimo de los participantes de aquellos conflictos africanos de los últimos años, cuyo impacto los afectaba en forma directa: el de Angola, con su secuela de intervención extranjera —cubana, de la República Surafricana y de «mercenarios»— el contencioso entre Libia y Chad, sobre todo, el más reciente del Zaire, en cuya resolución, favorable al Gobierno de Kinshasa, constituyó factor importante el apoyo francés.

Por ello, no obstante que el orden del día de la Conferencia se ceñía tan sólo a temas económicos, fue el de la «Seguridad» y el de la mutua colaboración militar el de mayor importancia entre los muchos asuntos tratados en la misma.

La tónica general en este campo fue la de reactualizar unos pactos militares, en su mayor parte periclitados como consecuencia de las presiones de la no-alineación, para eliminar su carácter desigual y expresar su posición ante la política mundial con una reafirmación de la tesis, cara al gaullismo, de eludir los dos bloques bajo hegemonía de las superpotencias.

La inclinación de los participantes —con excepción de las dos antiguas colonias portuguesas— era hacia la vía conservadora, y no deja de ser significativo que al finalizar la «Cumbre» franco-africana se celebrase, también en Dakar, una reunión especial de la OCAM, cuya tónica moderada es harto conocida³

* * *

El espíritu que animó al Cónclave afrogallo quedó claramente expuesto en el discurso del primer mandatario francés en el acto de apertura de la Conferencia. En él manifestó que todos los Estados africanos, cualquiera que fuese su línea política, tenían derecho a la seguridad dentro de sus fronteras y que la independencia de los mismos era incompatible con su conversión en peones de las rivalidades foráneas. Indicó igualmente que Francia, dentro del respeto a la independencia y libertad de opciones políticas internas de los Estados africanos, estaba dispuesta a prestar su cooperación a los mismos no sólo con carácter bilateral, sino a través de los organismos inter-

³ Vid. artículo por el autor *La OCAM, evolución de una organización africana de integración*, en el núm. 138 de esta REVISTA (marzo-abril 1975).

nacionales, con lo que venía a confirmar sus declaraciones a la prensa poco antes de iniciarse la reunión, en las que, de forma inequívoca, reiteraba la política francesa de apoyar a las naciones africanas amigas «que no serían abandonadas» y reiteraba la solidaridad entre Europa y África, «continente hermano», cuya suerte no puede ser ignorada por el de las viejas metrópolis.

Por su parte, el presidente Senghor propuso que Francia decidiese el importe anual de su asistencia técnica a África; que cada Estado africano presentase un proyecto sobre sus necesidades en este campo haciéndose responsable del monto de la diferencia entre éste y el de la ayuda francesa, salvo para los Estados más pobres, en cuyo caso correría totalmente a cargo de esta última. Propuestas aceptadas sin dificultad por el presidente Giscard d'Estaing, quien en dicha oportunidad recordó que su país proporciona al África Latina 11.000 técnicos, las dos terceras partes de los cuales están dedicados a la enseñanza, y que el importe de su ayuda a aquellos países asciende anualmente a 4.000.000.000 de francos franceses⁴.

En el curso de la Conferencia se discutió también una propuesta del presidente Senghor de institucionalizar las reuniones y crear un Secretariado, propuesta que, como veremos, encontró su reflejo en el Acta Final de la «Cumbre».

La Reunión concluyó con una conferencia de prensa conjunta de los presidentes Senghor, Giscard y Mancham (de Seychelles).

El mandatario galo reiteró el compromiso de su país de proporcionar ayuda militar en el marco de los acuerdos existentes a los países africanos que la necesitasen y solicitasen; manifestó igualmente el apoyo francés a todo proyecto de limitación de armamentos en el Continente africano, y en relación con el tema—tan vidrioso en los medios africanos—del suministro de armamento francés a la República Surafricana eludió una respuesta precisa, aunque expresó que dicho suministro se limitaba a la esfera naval y que Francia «dejará claramente sentada su posición en aquellos principios sobre los que no puede haber compromiso».

En la misma rueda de prensa, el presidente senegalés manifestó que los países participantes habían solicitado de Francia la creación de un cuerpo permanente de asistentes técnicos y dio a conocer el plan de establecer un pacto de defensa entre los seis Estados miembros de la CEAO (Alto Volta, Costa del Marfil, Malí, Mauritania, Níger y Senegal), aunque dicho proyecto no fue discutido en la «Cum-

⁴ *Le Monde*, 22 de abril de 1977.

bre» franco-africana, y concluyó manifestando que aún no era demasiado tarde para acabar con el «choque de ideologías en Africa».

Tales ideas quedaron reflejadas en el comunicado final de la Reunión.

En el mismo se declaraba de «interés prioritario» el impedir la intervención extranjera en Africa, manifestando que en dicho Continente la única batalla digna de combatirse es la del desarrollo pacífico dentro del marco de la unidad y la cooperación, que nadie podría alcanzar si no se garantiza la seguridad, independencia y estabilidad de los Estados miembros.

En relación con la propuesta del presidente Senghor de institucionalizar las reuniones y crear un Secretariado Permanente, se decidió sea tratada en la reunión de Ministros de Relaciones Exteriores de los Estados participantes, que se celebrará para preparar la próxima Conferencia presidencial franco-africana.

Los asistentes expresaron—como ya es moneda corriente en similares Conferencias de los últimos años—su apoyo a la añeja idea de un «Nuevo Orden Económico Internacional» expuesta por el economista argentino Raúl Prebisch en 1954.

Se estudiaron los temas objeto de discusión en la «Conferencia Norte-Sur» y los participantes expresaron su acuerdo con la posición adoptada por Francia en la misma.

Se apoyó el proyecto de un «Fondo para el Desarrollo Africano», aprobado en la III Conferencia Franco-Africana, que el presidente Giscard prometió apoyar cerca de los otros países occidentales, y se aprobó el ingreso de Seychelles, Cabo Verde y Guinea-Bissau en el «Fondo de Solidaridad Africana», cuyo monto asciende a 15.000.000.000 de francos CFA para un período de tres años.

Francia prometió mantener el número de técnicos que se encuentran en Africa, y se expresó el deseo de reorganizar la ayuda técnica, aumentarla a los países de menor nivel de desarrollo y solicitar del Gobierno francés la reserva en las principales instituciones de enseñanza técnica de dicho país de un cupo de plazas para estudiantes africanos.

Por último—y como apoteosis final de las posiciones francesas que recibieron en esta Conferencia el espaldarazo de los países africanos participantes—, se expresó en el Acta Final la satisfacción por la ayuda prestada por Francia, otros países europeos y organizaciones internacionales «dentro del más escrupuloso respeto por las soberanías nacionales y la libertad de opción en relación con las vías de desarrollo».

LA CUMBRE FRANCO-AFRICANA DE DAKAR

En tal opinión abundaron sin ambigüedades los participantes en la Conferencia, reiterando individualmente su deseo de mantener apartado el Continente de las rivalidades de las Superpotencias y al propio tiempo reforzar las relaciones de cooperación con los países occidentales.

En este sentido el presidente Houphouet Boigny, al regresar a su país, manifestó que sólo una generosa ayuda económica y financiera unida a una acción enérgica encaminada al desarrollo africano, «asegurará la supervivencia de los regímenes europeos», concluyendo con una alabanza a la política francesa en Africa.

En términos similares se expresaron los presidentes Bongo, de Gabón, y Habyalimana, de Ruanda, elogiando ambos en forma expresa el apoyo francés al Gobierno de Kinshasa con motivo del conflicto de Shaba.

Tal actitud, claramente pro occidental y moderada, no iba a encontrar simpatía en el bloque socialburócrata de países africanos.

Su portavoz más calificado —Argelia— se apresuró, a través de sus órganos de expresión —que como en casi todos los países africanos se limitan a reflejar la opinión gubernamental—, a manifestar su hostilidad a los acuerdos de Dakar, recalcando el peligro que entrañaban de favorecer a la intervención extranjera en Africa, tema siempre delicado en dicho Continente y que precisamente constituyó, con otros argumentos y sobre otras bases, uno de los dogmas en que los Estados participantes en la «Cumbre» de Dakar se encontraban en unánime acuerdo.

El tema volvió a plantearse en la «Cumbre» de la OUA, celebrada en el mes de julio en Libreville, en la que se adoptó una resolución del Senegal condenando la intervención de potencias extranjeras en el Continente africano, sin entrar en juicios de valor ideológico sobre la misma como era deseo del bloque «progresista» participante.

Luis MARIÑAS OTERO



CRONOLOGIA

